

de la jornada, del camino andado y del que aún quedaba por andar, mostrándolo sobre los mapas que siempre llevaba consigo. Se reía, se bromaba y Ferrini participaba en ello. Mas si, por acaso, alguien dejaba escapar alguna ingeniosidad poco decente o una palabra de mormuración o que pudiera en algún modo ofender a aquella alma pura, se mostraba molesto frunciendo el entrecejo. Era preciso cortar la conversación; su actitud se imponía a todos.

Frecuentemente, cuando trataba con amigos íntimos o con sacerdotes, su conversación se hacía verdaderamente santa y santificadora. Era el mismo tono de las cartas a sus íntimos. Uno de éstos, Víctor Mapelli, nos confirma que «Ferrini gustaba mucho de entretenerse con las cosas de Dios mostrando el deseo de la vida futura. Intercalaba reflexiones espirituales en sus consideraciones científicas y aun en las cosas más corrientes de la vida práctica. Esto era natural en él y su conversación resultaba así espiritualmente edificantes.

¿La razón de todo esto? Veámosla una vez más en sus propias palabras. «Ante todo—había escrito en su *Programa de vida*—advertimos la importancia de hacer nuestra piedad, atenta, atrayente. Incluso en las cosas pequeñas hemos de cuidar esta santa amabilidad que es un verdadero acto de fe: ¡Nunca un saludo sin una sonrisa; nunca que se nos pida un favor lo rechazemos; nunca una entrevista de la que un alma parta menos satisfecha!... ¡Y cuánto importa rodear a los buenos con aquella estimación y afecto, con aquella santa amistad que no tiene par en la tierra! ¡Cuánto importa hacer comprender a los malos que no los despreciamos, que no nos tenemos por mejores que ellos y hacerles entrever con la más asidua caridad que esperamos tenerles un día a nuestro lado!».

«No sin dolor—añade—oímos incluso a personas buenas contar culpas y defectos ajenos. Se lisonjean porque dicen cosas verdaderas y no saben los pobres que divulgan lo que debiera permanecer oculto en sus almas, porque revelar una culpa desconocida para el que la escucha es abominación a los ojos de Dios... ¡Pidamos a Dios que nos ayude en esto y que nos dé luz para discernir siempre (cosa no fácil) la maledicencia, incluso cuando se cubre de piedad o parece santo lamento de un alma ante la contemplación del mal!».

Temeroso de estos peligros, Ferrini había propuesto en su *Reglamento de vida*: «Antes de cualquier conversación me encomendaré con un Ave María.

